



* ESPAÑOLES EMINENTES

Jordi Gracia

*José Ortega
y Gasset*

taurus



* ESPAÑOLES EMINENTES

Jordi
Gracia

*José Ortega
y Gasset*



FUNDACIÓN JUAN MARCH

SÍGUENOS EN
me gustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

PROYECTO DE BIOGRAFÍA *ESPAÑOLES EMINENTES*

Cuando, hace unos años, puso en marcha el proyecto *Españoles eminentes*, la Fundación Juan March perseguía tres objetivos.

Habiendo observado que las biografías no han alcanzado en la historiografía española la maestría que es notoria en otros países, donde muchos son los aficionados a su lectura y abundante la oferta editorial, se pensó que podía contribuir al desarrollo patrio del género el encargo de varias de ellas a especialistas en el periodo histórico de que se tratara. Para el cumplimiento de ese objetivo era importante que el formato de la biografía respondiera a las expectativas de un lector culto no académico. En este sentido, la biografía sigue una secuencia cronológica desde el nacimiento hasta el fallecimiento de la persona estudiada y, en lo que se refiere al contenido, la ambición ha sido ofrecer una semblanza interesante, individualizada y realista del curso de su vida proporcionando al lector los resultados sintetizados de la última investigación más que cada uno de los detalles eruditos de ésta, sobre los que, con todo, ofrece orientaciones un capítulo específico dedicado a la bibliografía comentada.

En segundo lugar, parece extraño que, con la excepción de reyes y políticos, muchos de los españoles de méritos más sobresalientes carezcan todavía hoy, en el siglo XXI, de una auténtica biografía moderna que dé a conocer los hechos de su vida y sobre todo los rasgos que han elevado su figura a la excelencia que hoy con carácter general se les reconoce. El segundo objetivo del proyecto era, en conse-

cuencia, cubrir esa laguna, siquiera parcialmente, escogiendo para ello un pequeño pero representativo grupo de españoles eminentes cuya biografía estaba todavía por hacer o que, por cualquier motivo, se juzgaba insuficiente. La obra encargada debía responder a la cuestión de por qué el hombre objeto de la biografía es eminente y si, a juicio de su autor, éste sigue siendo acreedor a este título en nuestros días, con el cambio de perspectiva que acompaña al paso del tiempo.

Durante siglos la historiografía explicó el devenir de un pueblo como una sucesión de hechos políticos, centrados en las decisiones diplomáticas y militares tomadas por los monarcas y sus consejeros. Durante el siglo xx, en cambio, disfrutó de amplia aceptación una forma distinta de escribir historia, una que, omitiendo la intervención de actores personales, pone el acento en el análisis de estructuras económicas y demográficas de la sociedad o en la descripción de las condiciones geográficas y climáticas del territorio. Son conocidos los grandes frutos que esta historiografía estructuralista ha producido en la última centuria, pero muchos son los signos de que esta fuente, antes tan copiosa, ha quedado enteramente exhausta y de que conviene ahora ensayar una aproximación a los hechos del pasado que tome en consideración la influencia de determinadas individualidades y de sus comportamientos paradigmáticos, ejemplares, eminentes, en la configuración de una tradición cultural colectiva. Se trataría de recuperar la perspectiva del *ethos* personal en la explicación histórica, pero distanciándose al mismo tiempo de la antigua narración política, diplomática o militar, hecha de genealogías, tratados entre príncipes y batallas.

Éste es el tercero de los objetivos arriba enunciados. Se ha comprobado que una historia alrededor de hechos genera una pluralidad de interpretaciones discrepantes allí donde la historia de españoles eminentes, que protagonizan o al menos son testigos privilegiados de esos hechos, suscitan con más facilidad acuerdos y convergencias. Por

ejemplo, muchos y muy diferentes son los juicios que a los historiadores ha merecido la fecha de 1812, tan cargada de significaciones de todas clases, pero casi todos, pese a su opuesta ideología, se descubren con admiración o con respeto ante un Jovellanos o un Goya, por mencionar españoles que por fortuna ya cuentan con buenos estudios biográficos. El proyecto *Españoles eminentes* aspira a ser una contribución a una historia de la cultura española a la luz de la ejemplaridad de determinados nombres, acerca de cuya excelencia moral hay amplio consenso. La aplicación de una razón histórico-ejemplar, como en este proyecto de biografías se intenta, quiere ayudar a reescribir la historia de España en una forma mucho más integradora de lo que hasta la fecha ha sido posible.

Ricardo García Cárcel (catedrático de Historia Moderna) y Juan Pablo Fusi (catedrático de Historia Contemporánea) formaron el consejo asesor y fueron determinantes, cada uno en su área correspondiente, en todas las fases del proceso, desde la elección de la biografía y de su autor hasta la culminación final del encargo. Por parte de la Fundación, Lucía Franco asumió las funciones de coordinación del proyecto. La editorial Taurus mostró interés en el proyecto desde la primera hora y lo hizo propio. Si el lector de esta biografía estima que se han cumplido alguno de los tres objetivos arriba enunciados, a ellos es debido.

Javier Gomá Lanzón
Director de la Fundación Juan March

A José-Carlos Mainer

PRÓLOGO

Esta es la historia de una frustración y es también la historia de un éxito insuficiente. Pero es las dos cosas al mismo tiempo o no es ninguna de las dos. Ambas se remontan a la condición previa de una inteligencia fulgurante, expansiva y contagiosa, mandona y celosa de su autoridad, espontáneamente jovial y, sin embargo, estudiadamente ejemplar. Solo desde esa vitalidad congénita pero frágil surge el efecto convulsionador que tuvo en casi todos ese muchacho de familia poderosa y genialidad innata desde el arranque del siglo xx en España.

No habrá manera de escapar a la ley de la paradoja en esta biografía, quizá porque ninguna vida puede hacerlo iluminada desde dentro y desde fuera. Pero tampoco habrá modo de escapar a la traza a veces abigarrada que impone la simultaneidad de sucesos y sentimientos. Ortega solo será Ortega visto a la vez en los frentes solapados de una actividad muy calculada en ritmos y tiempos, capaz de repentizar series febriles de artículos políticos mientras perfila los fundamentos de una filosofía de la razón vital. Es epistológrafo vivaz pero selectivo, sentimental fingido y donjuanesco blanco, ocioso frecuentador de casas nobiliarias y tertuliano diario e irredento: todo a la vez.

Su historia empieza tarde, pero su leyenda es tempranísima e imperativa. Ortega estuvo precozmente dotado del sentido de su propia eminencia como también muy precozmente fue distinguido por parte de su entorno inmediato con esa misma atribución. Existe incluso antes de que el ciudadano común sepa nada de un hombre insultantemente inteligente, prematuramente calvo, imperialmente segu-

ro de sí mismo y risueño, bromista, jovial, fanfarrón y seductor. Cuando saben de él los lectores normales de periódicos, las gentes ajenas al mundo universitario o intelectual, Ortega tiene ya 30 años; publica su primer libro y ofrece la primera conferencia de resonancia nacional en 1914. Desde ese momento, Ortega equivale ya a un Ortega pleno, cuajado como persona y como personaje. Decir Ortega es desde entonces nombrar al pensador más moderno, europeo y perdurable del siglo xx en España, el adversario más coereoso del tradicionalismo conservador y la moral católica y, por supuesto, tras la guerra, del franquismo social como remota cuna tóxica de nuestro presente. Por eso esta biografía atiende poco a poco a la fábrica invisible o todavía dispersa, discreta, minoritaria, de un escritor mayor desde su primer libro, *Meditaciones del Quijote*.

Esta historia tiene también un punto de inflexión. En torno a 1921-1922, sobre sus 40 años, Ortega decide apartar de su acción programática la fuerte implicación política que hasta entonces ha tenido y emprende una ruta que no es nueva pero que vive en su imaginación de forma muy absorbente: la formulación de una filosofía nueva y radical. Ese empeño accede al primer lugar de su tarea docente y literaria desde entonces, y las muestras de ese pensar incesante, brillante y poderoso son abrumadoras durante los años veinte. Y sin embargo, y a la vez, tanto su programa filosófico como su retirada de la política entran en crisis en torno a 1929: en el primer caso porque emerge un nuevo jugador imprevisto en el terreno de la alta filosofía —Martin Heidegger— y en el segundo porque la ilusión de la Segunda República puede acabar, por fin, con la España de la Restauración que ha combatido desde 1908 al menos, y Ortega se entrega a esa conquista.

Yo creo, con José Gaos, que en su esquema más simple Ortega evolucionó desde «el espectador gozoso hasta el crítico amargo de su tiempo». No sé si son «dos Ortegas», como quiso Gaos; creo que no. Pero esta biografía sí trata de ajustarse a la cronología de su vida y no a la de sus li-

bros; trata de entender desde sus cartas y desde sus textos los pasos de la maduración moral, emocional e intelectual de un personaje con altísimo control de las decisiones sobre su vida, sus planes y sus proyectos. También por esa razón el libro responde a un método ligeramente distinto de exposición a medida que avanza la vida de Ortega y, sobre todo, tras su abandono de la política hacia 1932. En la primera mitad del libro es Ortega quien habla con su voz y con sus ideas, sus sentimientos, sus enfados y sus debilidades; el ritmo es entonces algo más lento, mientras él se fragua cabalmente, acompañado por la voz de los otros, quienes conviven con él y quienes disienten de él. Después, el libro y su biografía se aceleran porque la historia se acelera también y, sin embargo, sigue siendo un Ortega desde dentro y un Ortega desde fuera[1].

Si su leyenda empieza con él es porque él empieza también su automitografía, pero su excepcionalidad se supo desde el principio y lo supieron todos los que debían saberlo. Lo supieron sus padres en casa, lo supieron sus primeros maestros y lo supieron sus hermanos; lo supieron sus profesores en todas las etapas y lo supieron sus colegas de primeras escaramuzas: lo supieron Giner de los Ríos, Joaquín Costa y Miguel de Unamuno; lo supieron Valle-Inclán, Maeztu, Baroja, Azorín, Machado o Navarro Ledesma; lo supieron, evidentemente, los de su misma edad —Juan Ramón Jiménez, Pérez de Ayala, Manuel Azaña, María de Maeztu, Eugenio d'Ors, Gregorio Marañón, Josep M. de Sagarra, Américo Castro, Fernando de los Ríos o Josep Pla—. Y a los más jóvenes que él no les quedó el menor margen de maniobra frente al peso de una leyenda que ya era histórica, aunque a menudo le tratasen a diario, como Ramón Gómez de la Serna, Pedro Salinas, Xavier Zubiri, María Zambrano o Francisco Ayala.

La primera de las leyendas que desactiva esta biografía, sin embargo, es la de su mocedad (porque no la hubo); la segunda de las leyendas es la de su marginalidad política (porque peleó y perdió las dos e incluso las tres veces en que actuó como político); la tercera leyenda es la de la im-

potencia filosófica (porque fue filósofo, pero lo fue primero contra todos y contra sí mismo después); la cuarta leyenda es nada más que una falsedad: no fue nunca franquista (pese a colaborar olímpicamente en el «servicio nacional» de propaganda en 1938); la quinta leyenda es la más difícil de rebatir hoy día, pero creo que el progresivo conservadurismo ideológico no le hizo aliado ni socio ni cómplice de los fascismos, aunque el falangismo español explotase a mansalva buena parte de su pensamiento aristocratizante, neobibliario, de casta.

Sí fue en su madurez un liberal conservador que aspiró a redefinir el liberalismo democrático al identificar en los dos totalitarismos de los años treinta nefastas regresiones a estadios anteriores al liberalismo del XIX. Y buscó el modo de blindar ese liberalismo contra las secuelas más adversas o deficientes de las democracias modernas. Que hoy resuene sospechosamente extraña esa formulación no le vincula a forma alguna de antiparlamentarismo o antidemocracia; lo sitúa donde muy a menudo debe situarse al Ortega político y a buena parte de la clase intelectual de la Europa de entreguerras, incluidos los *antimodernos* de Antoine Compton: en las reticencias democráticas del liberalismo, en el terreno del ideólogo más o menos visionario pero en todo caso desdeñoso hacia la política como oficio y arte del mal menor.

No llegó a publicar nunca los libros definitivos de la filosofía definitiva que había soñado. Pero Europa tampoco los necesitó para reconocer a un compulsivo y explosivo escritor, con un nivel de intensidad y de implicación social solo comparable en su tiempo a Miguel de Unamuno y, en el nuestro, a Fernando Savater. La Europa de la posguerra vio en él a un pensador original sobre la sociedad contemporánea y a un superviviente del tiempo de ayer, para decirlo con el ya inevitable Stefan Zweig. En sus cinco últimos años, hasta su muerte en 1955, encadena viajes, homenajes, honores, cursos, conferencias y llenazos absolutos, con altercados y bandidaje estudiantil (para escucharlo a él) por

Alemania o Suiza, mientras el tiempo se le iba de las manos con el pulso más lento y sin culminar escrituras una y otra vez aplazadas.

Acabó su vida Ortega como ejemplar en vías de extinción de un pasado efectivamente extinto. Pero Ortega seguía estando vivo en los textos de veinte, treinta años atrás, reeditados y reimpresos una y otra vez, y una y otra vez traducidos al inglés y al alemán. Y hasta Robert de Niro invoca a Ortega en su papel de escritor desesperado en *Being Flynn*. Pero se equivocaba Octavio Paz cuando creía que Ortega no sucumbió «a la tentación del tratado y la suma» filosófica, sistemática y profesional. Sí sucumbió y hasta se le hizo obsesión, pero nada de ese nuevo empeño invalida su obra más valiosa como ensayista y pensador. Tampoco a Thomas Mann, T. S. Eliot, Valery Larbaud o Alfonso Reyes les hizo la menor falta esa obra no culminada de filósofo para apreciar su valor. Ni Leonardo Sciascia la echó de menos cuando descubrió en Ortega al pensador que lo había paseado como nadie por el mundo de las ideas; tampoco el gran crítico Harry Levin ni el novelista Richard Ford leyeron a Ortega a la espera de un definitivo tratado filosófico. Y aunque George Orwell discutiese esto y aquello, seguía rendido a una máquina de pensar, como se rindieron John Dos Passos, Alejandro Rossi o Mario Vargas Llosa. Ninguno de ellos rebajó la seducción vibrante de la prosa de ideas de un autor al que Saul Bellow definió como un ilustrado que «looked forward to the triumph of reason over irrationality».

Es un final justo y a la altura de un hombre sin apenas experiencia de la ancianidad, como si se muriese sin llegar a viejo, con 73 años, mientras le impresionaba su último descubrimiento literario, *El ruido y la furia*, de William Faulkner, y rezongaba contra filósofos del existencialismo que no le habían leído bien, que le habían leído mal o que simplemente no le habían leído. Tampoco era verdad, pero eso es lo de menos.

1. NADA ES NORMAL

Ortega desde luego no es normal, pero su casa tampoco. No lo es el oficio de su padre, no lo fue el oficio de su abuelo, también periodista, no lo es el poder político y económico de su familia materna, Gasset, y no lo son, por tanto, las condiciones sociales en que nace Ortega el 9 de mayo de 1883 en Madrid. De muy niño ha podido leer ya impreso su nombre en la dedicatoria que el abuelo Ortega Zapata ha puesto en un libro tardío y melancólico. En la casa no reside el abuelo, pero sí residen tumultuosamente un número insospechado de familiares, estables y transeúntes. El ritmo es endemoniado casi desde el primer momento de su existencia, con sucesivos traslados de domicilio, primero en Alfonso XII, muy poco después en Santa Teresa, y desde sus diez años en la calle Goya, 6. Su padre, José Ortega Munilla, había nacido en los arrabales madrileños, en una zona humilde y periférica de la capital, aunque ahora residiese en un piso grande y alto de una calle burguesa. Le entusiasma el teatro, él mismo es dramaturgo y novelista de algún éxito y popularidad, pero sin el menor atisbo de altisonancia o pretensión literaria.

Los Gasset de 1883 vienen de otra estirpe porque son los fundadores del más importante periódico del fin de siglo, *El Imparcial*, además de haber ejercido responsabilidades políticas durante la Restauración con activo protagonismo entre los liberales. El diario había nacido tras la revolución de septiembre de 1868, desde 1881 apoyó al liberalismo de Sagasta y estuvo en los orígenes de la Institución Libre de Enseñanza desde 1876, además de sintonizar inequívocamente con las políticas reformistas.

Los libros son paisaje natural en casa de Ortega Munilla, pero la literatura es sobre todo fuente de frustración, asunto auxiliar y en el fondo solo consolador. Desde los últimos años del siglo, el padre ha perdido buena parte de la ilusión literaria y se ha ido dejando absorber por las tareas periodísticas. Como dice alguna vez, escribe literatura en los rincones de los días, y esa es apenas una puerta de escape de las verdaderas ocupaciones que tiranizan a todas horas. En realidad, desde 1900 solo la mitad de la jornada es hábil, porque duerme hasta el momento de almorzar, sale a escape hacia el Parlamento (porque también es diputado) o hacia el periódico, según los días y las estaciones; cena en casa usualmente, con presencia frecuente de escritores, políticos o periodistas; temprano, porque vuelve a salir a escape —agobiado, temperamental, inestable, a menudo colérico— de nuevo hacia el periódico para no volver hasta muy entrada la madrugada. Algunos papeles de entonces traducen ese trajín a cifras: unas diez botellas de cerveza y un mazo de cigarros puros por día.

Los ruidos furtivos de la puerta en la noche son rutina en la vida de una casa a menudo asaltada por huéspedes parientes que saben de la magnanimidad cristiana de la madre, Dolores Gasset Chinchilla, devota y servicial hasta la mortificación, y de la conformidad bonhomiosa y un tanto ausente de Ortega Munilla. Allí residen temporal o definitivamente numerosos miembros de un complejo árbol familiar, incluidas adopciones caritativas y de necesidad. El estado ordinario de la casa es el ajetreo de gente, incluido el servicio, la cocinera o las niñeras a cargo de la prole (y el cura). Mientras pudo, su hijo Ortega y Gasset no prescindió del servicio, como era usual entonces, pero evitará a toda costa la promiscuidad de personas (pese a convivir con una diversísima fauna de animales vivos o disecados a lo largo de los años).

Lo que hace anormal aquella casa es también el número y la calidad de los visitantes y el número y la calidad de las comunicaciones, los avisos, los correos urgentes, las situaciones límite, políticamente convulsas y anímicamente exas-

perantes. Ortega Munilla dirige *El Imparcial* desde 1900 un poco por delegación, en la medida en que Rafael Gasset, hijo del fundador, Eduardo, fue nombrado ministro de Agricultura en 1900 y hubo de ceder la dirección. Ortega Munilla llevaba toda la vida en la casa: se había hecho cargo en 1879 de *Los lunes de El Imparcial* y un año y pico después se casaba con la hija del dueño, Dolores.

A los hijos, escolarizados con los jesuitas de Málaga, se les mandan recortes del periódico de forma más o menos habitual. El hermano menor, Manuel, debió de contarle a Ortega más de una vez el montaje del número extraordinario que sacó *El Imparcial* el día 16 de febrero de 1898 a partir de los confusos cables sobre la voladura del Maine. Estuvo en la redacción del periódico ese día, como estaba en casa Ortega cuando la reina María Cristina dictaba desmentidos o correcciones a su padre. En el cambio de siglo, *El Imparcial* seguía siendo el periódico de referencia en España, aunque Ortega Munilla estaba lejos de ostentar entonces ningún viso de aristocratismo social ni cosa semejante, porque siempre se sentiría cerca de una humildad mamiada de niño y de joven. Su articulismo, sus relatos y su piedad caritativa por los más débiles parecen a veces la contracara de la superioridad constitucional, congénita, de su hijo José, incluido el Ortega socialista de la juventud.

El primer hijo del matrimonio nació en 1882 y se llamó como el abuelo Gasset, Eduardo; después llegó José (que fue Pepe desde el principio, como Pepe era su padre), más tarde Rafaela y finalmente Manuel, los dos últimos un tanto descolgados de la energía tirando a salvaje de los dos mayores. Ambos esperan a menudo carta del cura, que vive en casa y a quien quieren de veras, mientras siguen escolarizados en Málaga. La sucesión de partos dejó exhausta a Dolores y, al parecer, Ortega Munilla logró concertar una visita médica con el psiquiatra Charcot, entonces una celebridad médica y nueva para asuntos de nervios, y a su consulta acudieron en París en 1889.

La fragilidad nerviosa y la necesidad de etapas de descanso y desconexión laboral también afectan al padre, y se